

EL FIN DE LA TRAGEDIA

Liberar los grandes conflictos humanos de la ingenua interpretación de la lucha entre el bien y el mal, entenderlos bajo la luz de la tragedia, fue una inmensa hazaña del espíritu; puso en evidencia la fatal relatividad de las verdades humanas; hizo sentir la necesidad de hacer justicia al enemigo. Pero el maniqueísmo moral es invencible [...] Las guerras, las guerras civiles, las revoluciones, las contrarrevoluciones, las luchas nacionales, las rebeliones y su represión fueron barridas del territorio de lo trágico y expedidas a la autoridad de jueces ávidos de castigo.

Milan Kundera

CADA VEZ QUE EN COLOMBIA ocurre una avalancha o una inundación, el “fin de la tragedia” se hace evidente, la predicción de Milan Kundera se confirma al pie de la letra. En medio de la angustia colectiva y el melodrama de los medios, nuestros analistas dan rienda suelta a su compulsión moralizante. Niegan la tragedia. Buscan culpables. Encuentran villanos y encomian a unos cuantos héroes incomprendidos que, en su opinión, predicán en vano en medio del diluvio. Algunos se asemejan (retóricamente, digamos) a los curas de los tiempos de la Colonia, quienes, ante un terremoto o una epidemia, señalaban las consecuencias calamitosas de los extravíos pecaminosos de la sociedad.

El debate necesario sobre las políticas ambientales se plantea, entonces, como una lucha entre el bien y



ALEJANDRO GAVIRIA

el mal. Nadie menciona los costos de reubicar decenas de miles de personas. Ni el complejo balance entre desarrollo y medio ambiente. Mucho menos las dificultades de un país con una geografía endemoniada y una historia de exclusión y desplazamiento. No hay análisis. No hay contexto. Todo se convierte en una fábula. El narcisismo moral, sobra decirlo, florece en medio de la negación de la tragedia.

Al mismo tiempo, fiscales y procuradores se transforman en jueces ávidos de castigo. Anuncian investigaciones. Amenazan con medidas draconianas. Levantan el dedo acusador. Alguien debe ir a la cárcel, sugieren. Recientemente, una corte italiana envió a prisión a un grupo de sismógrafos de una agencia estatal (hoy en día el servicio público es una profesión de alto riesgo) por no predecir oportunamente un terremoto. El mundo del fin de la tragedia es determinista. No deja espacio para la incertidumbre. Ni para los errores. Es un mundo de carceleros oportunistas, adeptos a señalar culpables ante las cámaras de televisión.

El fin de la tragedia es también aparente en nuestros debates políticos y en las demandas y exigencias ciudadanas. Creemos ingenuamente que todos los problemas fiscales del Estado se reducen a la existencia de la corrupción. No aceptamos la idea trágica de la escasez. Reducimos todos los dilemas distributivos a una lucha entre los buenos y los malos. Negamos los choques o conflictos de valores. Tendemos por lo tanto al reduccionismo, a las fábulas

Nadie menciona los costos de reubicar decenas de miles de personas. Ni el complejo balance entre desarrollo y medio ambiente. Mucho menos las dificultades de un país con una geografía endemoniada y una historia de exclusión y desplazamiento. No hay análisis. No hay contexto. Todo se convierte en una fábula.

moralizantes. Basta mirar los noticieros, leer las columnas de opinión o revisar las sentencias de los jueces para comprobar la extensión del fin de la tragedia.

El liberalismo está pasado de moda, dicen algunos. Pero quisiera rescatar, en medio de la tormenta, la necesidad del liberalismo trágico. Muchos de nuestros valores más preciados están en conflicto: la justicia y la paz, la libertad y la igualdad, etc. La vida, como la política, implica sacrificio, la elección entre valores distintos. Ya lo había dicho Isaiah Berlin: “los valores de la vida no son solamente múltiples; suelen ser incompatibles. Por ello el conflicto y la tragedia no pueden ser nunca eliminados de la vida humana”.

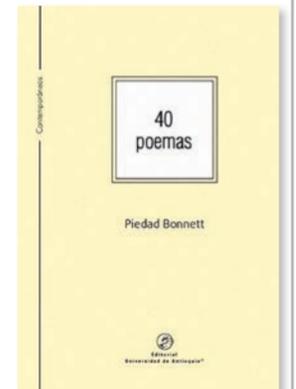
Recuerdo la respuesta de Borges ante una pregunta impertinente sobre la participación de su compatriota Ernesto Sábato en una comisión de acusaciones en Argentina: “alguien tiene que hacerlo, pero prefiero que lo hagan otros”, dijo. El ejemplo de Borges, esto es, su aversión a convertirse en un juez implacable, es aleccionador. En un mundo de acusadores, la reflexión sosegada, la insinuación inteligente y la aceptación de la tragedia representan casi un milagro. “Lo trágico nos ha abandonado y este es tal vez nuestro verdadero castigo”. ■

{Novedades}

En mi flor me he escondido
Emily Dickinson
3.ª ed. (bilingüe)
Versiones de José Manuel Arango. Prólogo de Juan José Hoyos
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2017
458 p.



40 poemas
Piedad Bonnett
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2017
66 p.



Cartas a una joven ensayista
Efrén Giraldo
Fondo editorial Universidad EAFIT
Medellín, 2017
144 p.

